

*Cuentos desconocidos*, compilación, estudio preliminar y notas de Pedro Luis Barcia, Buenos Aires, Ediciones del 80, 1982.

#### Estudios

- Borges, J. L., *Leopoldo Lugones* (en colaboración con B. Edelberg), Buenos Aires, 1955 y 1965.
- Canal Feijóo, Bernardo, *Lugones y el destino trágico*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, Colección Perfiles contemporáneos, núm. 2, 1976.
- Foster, David William, *Argentine literature, A research guide*, 2.ª edición, New York-London, 1982.
- Ghiano, J. C., *Lugones, escritor (notas para un análisis estilístico)*, Buenos Aires, 1955.
- Irazusta, Julio, *Genio y figura de L. L.*, Buenos Aires, 1968.
- Jitrik, Noé, *L. L. mito nacional*, Buenos Aires, 1960.
- Lermon, Miguel, *Contribución a la bibliografía de L. L.*, Buenos Aires, 1970.
- Lugones, Leopoldo (hijo), *Mi padre*, Buenos Aires, 1946.
- Marín, Gladys, "Leopoldo Lugones y el pensamiento simbólico", *Megañón*, núm. 2, 1975, pp. 171-176.
- Omil, Alba, *L. L., poesía y prosa*, Buenos Aires, 1968.
- Pagés Larraya, Antonio, *Veinte ficciones argentinas: 1900-1930* (en el Prólogo, el autor de la selección alude a "Las fuerzas extrañas"), Buenos Aires, 1963.
- Soto, Luis Emilio, "L. L.: 'Las fuerzas extrañas', en su crítica y estimación", *Sur*, Buenos Aires, 1938, pp. 139-141.
- Speratti Piñeiro, Emma, "La expresión de 'Las fuerzas extrañas' en L. L.", *Revista de la Universidad de México*, vol. IX, núm. 7, 1955, pp. 19-21.
- Torres Roggero, Jorge, *La cara oculta de Lugones*, Buenos Aires, Ediciones Castañeda, 1977.
- Vidal Peña, R., *El drama intelectual de Lugones*, Buenos Aires, 1938.
- Leopoldo Lugones, Nosotros* (Número extraordinario dedicado al escritor), 2.ª época, núms. 26-28, mayo-julio 1938.
- Homenaje a L. L., Revista iberoamericana* (Número extraordinario dedicado al escritor), vol. 30, núm. 57, enero-junio 1964; (en la misma revista, vol. 28, núm. 54, pp. 359-363, de Octavio Corvalán sobre Borges y Lugones).

#### LA FUERZA OMEGA

No éramos sino tres amigos. Los dos de la confianza, en cuyo par me contaba, y el descubridor de la espantosa fuerza que, sin embargo del secreto, preocupaba ya a la gente.

El sencillo sabio ante quien nos hallábamos no procedía de ninguna academia y estaba asaz distante de la celebridad. Había pasado la vida concertando al azar de la pobreza pequeños inventos industriales, desde tintas baratas y molinillos de café, hasta máquinas controladoras para boletos de tranvía.

Nunca quiso patentar sus descubrimientos, muy ingeniosos algunos, vendiéndolos por poco menos que nada a comerciantes de segundo orden. Presintiéndose quizá algo de genial, que disimulaba con modestia casi fosca, tenía el más profundo desdén por aquellos pequeños triunfos. Si se le hablaba de ellos, concomiase con displicencia o sonreía con amargura.

—Eso es para comer —decía sencillamente.

Me había hecho su amigo por la casualidad de cierta conversación en que se trató de ciencias ocultas, pues mereciendo el tema la aflictiva piedad del público, aquellos a quienes interesa suelen disimular su predilección, no hablando de ella sino con sus semejantes.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> con sus semejantes: *Le Lotus bleu*, revista mensual de la Sociedad Teosófica francesa (la fundadora del movimiento internacional es Helena-Petrovna Blavatsky, y el presidente es el coronel inglés Henry S. Olcott) en su número 7 de septiembre de 1898 saluda, con algunos meses de retraso, la publicación en Buenos Aires de la revista teosofista *Philadelphia*. En el núm. 9 de noviembre de 1898 de *Le Lotus bleu* se menciona el contenido del

Fue precisamente lo que pasó; y mi despreocupación por el qué dirán debió de agradar a aquel desdeñoso, pues desde entonces intimamos. Nuestras pláticas sobre el asunto favorito fueron largas. Mi amigo se inspiraba al tratarlo, con aquel silencioso ardor que caracterizaba su entusiasmo y que sólo se traslucía en el brillo de sus ojos.

Todavía lo veo pasearse por su cuarto, recio, casi cuadrado, con su carota pálida y lampiña, sus ojos pardos de mirada tan singular, sus manos callosas de gañán\* y de químico a la vez.

—Anda por ahí a flor de tierra —solía decirme—, más de una fuerza tremenda cuyo descubrimiento se aproxima. De esas fuerzas interetéreas<sup>2</sup> que acaban de modificar los

número de septiembre de *Philadelphia*, en donde se lee que Leopoldo Lugones colaboró con un artículo intitulado: *La licantropía*. También nos enteramos en *Le Lotus bleu* que en el número de diciembre de 1898 de la revista *Philadelphia*, Lugones escribe un artículo que es como una profesión de fe: *La acción de la Teosofía*. Un año más tarde el presidente de la asociación internacional teosofista, el general Olcott haría un viaje a América, y en particular a Buenos Aires, donde "la semilla teosófica" "germina todos los días un poco más". La visita se concreta el 15 de septiembre de 1901. Es, pues, ocasión para que Olcott dé cuatro conferencias sobre diferentes aspectos del teosofismo. Teniendo en cuenta las menciones del hijo de Lugones al grupo ocultista en las notas de la edición cuidada por él en 1966, y de que él afirma que los cuentos de *Las fuerzas extrañas* se escribieron antes de 1906, "los semejantes" no pueden ser más que los integrantes de la Sociedad Teosófica Argentina a la que pertenece Lugones. 1906 es la fecha del viaje a Europa, durante el cual irá en compañía de Rubén Darío a visitar al escritor ocultista Papus, también teosofista y amigo de Lugones. Tengo la convicción de que todos los cuentos de *Las fuerzas extrañas* han de estudiarse teniendo en cuenta las convicciones teosofistas del escritor entonces, y, desde luego, la erudición científica que indiscutiblemente poseía. Para el crítico, la tarea es, pues, doble. Pero sin la lectura profunda de la obra de Blavatsky y otros autores teosofistas, así como de las diferentes revistas de propaganda de la Sociedad teosófica francesa (*L'antimaterialiste*, *Le Lotus*, *La revue théosophique*, *Le Lotus bleu*), tampoco el estudio sería completo.

<sup>2</sup> *fuerzas interetéreas*: en *La Doctrine Secrète* (que Lugones poseyó en su biblioteca junto con otras obras de Blavatsky como *L'Isis dévoilée* y *La clé de la théosophie* y las de autores teosofistas o partidarios de esta secta ocultista y de sus principios como

más sólidos conceptos de la ciencia, y que justificando las afirmaciones de la sabiduría oculta, dependen cada vez más del intelecto humano. La identidad de la mente con las

Papus, Saint-Yves d'Alveydre, Louis Lucas, Williams Crookes, Eliphas Levi y otros); en la tercera sección de la segunda parte, llamada *Cosmogénese*, habla la autora de la substancia primordial y del pensamiento divino, los cuales son para ella el omega y el alfa respectivamente, dos aspectos de la existencia absoluta y única. El Éter sería, pues, esa "ideación cósmica" producto del pensamiento divino. Así, esta fuerza etérica o interetérea que constituye la fuerza Omega, ¿se halla acaso emparentada con lo que enuncia Blavatsky?

Desde octubre-noviembre de 1887 *Le Lotus* habla del descubrimiento que en los Estados Unidos hizo en 1885 M. J. W. Keely: la fuerza etérica, gracias a un aparato que él había inventado y que conseguía concentrar una fuerza cuyo origen es el sonido que producen varios diapasones dispuestos en una caja, fuerza que luego de reunirla en un *liberador* se la puede proyectar fuera de éste ya sea para mover volúmenes como para desintegrar la masa de esos volúmenes. Obvio es el parecido entre las experiencias del héroe del relato de Lugones y las del sabio norteamericano originario de Philadelphia, donde había nacido en 1827.

Blavatsky alude a este motor y a su inventor en *La Doctrine secrète* (novena sección, segunda parte: *Cosmogénese*) en un capítulo intitulado: *La fuerza del futuro, sus posibilidades y sus imposibilidades*. Allí, la fundadora del tesofismo reconoce que el sonido es una substancia y que si la fuente son diapasones dispuestos de manera a producir "acordes etéricos", éstos penetran todos aquellos cuerpos que se encuentren a su alcance y resultan bombardeados atómicamente. Pero, tal destrucción física, afirma, es en realidad el inicio de un desarrollo mucho más superior que el aparente: se trata de la liberación del éter puro fuera de la estructura molecular. Para ella esa fuerza existe en todos aquellos que pertenecen al grupo de los Dyans-Chohans (los primogénitos del Éter), y la tarea del sabio norteamericano es la verdadera tarea del *magó innato*, como lo llaman los cabalistas. Ahora se plantea el problema moral, acaba diciendo Blavatsky, de cómo utilizar esta fuerza, la cual, en un abrir y cerrar de ojos puede transformarse en una fuerza satánica. Es este aspecto el que utiliza, en cierta forma, Lugones como buen adepto teosofista.

*Le Lotus* dará en noviembre de 1887 amplias citas de *La Doctrine Secrète* y un croquis de la máquina de Keely, con la famosa cajita liberadora de la fuerza etérica. En septiembre de 1888 el número 18 de la revista le dedicará unas veinte páginas al descubrimiento: *El secreto de Keely y Una visita a J. Keely*. El núm. 4, de junio de 1899, anuncia el fallecimiento del inventor.

fuerzas directrices del cosmos —concluía en ocasiones, filosofando— es cada vez más clara; y día llegará en que aquélla sabrá regirlas sin las máquinas intermediarias, que en realidad deben de ser un estorbo. Cuando uno piensa que las máquinas no son sino aditamentos con que el ser humano se completa, llevándolas potencialmente en sí, según lo prueba al concebirlas y ejecutarlas, los tales aparatos resultan en substancia simples modificaciones de la caña con que se prolonga el brazo para alcanzar un fruto. Ya la memoria suprime los dos conceptos fundamentales, los más fundamentales como realidad y como obstáculo: el espacio y el tiempo, al evocar instantáneamente un lugar que se vio hace diez años y que se encuentra a mil leguas; para no hablar de ciertos casos de bilocación telepática, que demuestran mejor la teoría. Si estuviera en ésta la verdad, el esfuerzo humano debería tender a la abolición de todo intermediario entre la mente y las fuerzas originales, a suprimir en lo posible la materia, otro axioma de filosofía oculta; mas para esto, hay que poner el organismo en condiciones especiales, activar la mente, acostumbrarla a la comunicación directa con dichas fuerzas. Caso de magia. Caso que solamente los miopes no perciben en toda su luminosidad sencillez. Habíamos hablado de la memoria. El cálculo demuestra también una relación directa; pues si calculando se llega a determinar la posición de un astro desconocido, en un punto del espacio, es porque hay identidad entre las leyes que rigen al pensamiento humano y al universo. Hay más todavía: es la determinación de un hecho material por medio de una ley intelectual. El astro tiene que estar ahí, porque así lo determina mi razón matemática, y esta sanción imperativa equivale casi a una creación.

Sospecho, Dios me perdone, que mi amigo no se limitaba a teorizar el ocultismo, y que su régimen alimenticio, tanto como su severa continencia, implicaban un entrenamiento; pero nunca se franqueó sobre este punto y yo fui discreto a mi vez.

Habíase relacionado con nosotros, poco antes de los sucesos que voy a narrar, un joven médico a quien sólo faltan sus exámenes generales, que quizá nunca llegue a dar, pues

se ha dedicado a la filosofía; y éste era el otro confidente que debía escuchar la revelación.

Fue a la vuelta de unas largas vacaciones que nos habían separado del descubridor. Encontrámoslo algo más nervioso, pero radiante con una singular inspiración, y su primera frase fue para invitarnos a una especie de tertulia filosófica —tales sus palabras— donde debía exponernos el descubrimiento.

En el laboratorio habitual, que presentaba al mismo tiempo un vago aspecto de cerrajería, y en cuya atmósfera flotaba un dejo de cloro, empezó la conferencia.

Con su voz clara de siempre, su aspecto negligente, sus manos extendidas sobre la mesa como durante los discursos psíquicos, nuestro amigo enunció esta cosa sorprendente:

—He descubierto la potencia mecánica del sonido. Saben ustedes —agregó, sin preocuparse mayormente del efecto causado por su revelación—, saben ustedes bastante de estas cosas para comprender que no se trata de nada sobrenatural. Es un gran hallazgo, ciertamente, pero no superior a la onda hertziana o al rayo Roentgen. A propósito, yo he puesto también un nombre a mi fuerza. Y como ella es la última en la síntesis vibratoria cuyos otros componentes son el calor, la luz y la electricidad, la he llamado la fuerza Omega.

—Pero ¿el sonido no es cosa distinta?... —preguntó el médico.

—No, desde que la electricidad y la luz están consideradas ahora como materia. Falta todavía el calor; pero la analogía nos lleva rápidamente a conjeturar la identidad de su naturaleza, y veo cercano el día en que se demuestre este postulado para mí evidente: que si los cuerpos se dilatan al calentarse, o, en otros términos, si sus espacios intermoleculares aumentan, es porque entre ellos se ha introducido algo y que este algo es el calor. De lo contrario, habría que recurrir al vacío aborrecido por la naturaleza y por la razón. El sonido es materia para mí; pero esto resultará mejor de la propia exposición de mi descubrimiento. La idea, vaga aunque intensa hasta el deslumbramiento.

miento, me vino —cosa singular— la primera vez que vi afinar una campana. Claro es que no se puede determinar de antemano la nota precisa de una campana, pues la fundición cambiaría el tono. Una vez fundida es menester recortarla al torno, para lo cual hay dos reglas: si se quiere bajar el tono, hay que disminuir la línea media llamada “falseadura”; si subirlo, es menester recortar la “pata”, o sea el reborde, y la afinación se practica al oído como la de un piano. Puede bajarse hasta un tono, pero no subirse sino medio, pues cortando mucho la pata, el instrumento pierde su sonoridad.

Al pensar que si la pierde, no es porque deje de vibrar, me vino esta idea, base de todo el invento: la vibración sonora se vuelve fuerza mecánica y por esto deja de ser sonido; pero la cosa se precisó durante las vacaciones, mientras ustedes veraneaban, lo cual aumentó, con la soledad, mi concentración. Ocupábame de modificar discos de fonógrafo y aquello me traía involuntariamente al tema. Había pensado construir una especie de diapasón para destacar, y percibir directamente, por lo tanto, las armónicas de la voz humana, lo que no es posible sino por medio de un piano, y siempre con gran imperfección; cuando de repente, con claridad tal que en dos noches de trabajo concebí toda la teoría, el hecho se produjo.

Cuando se hace vibrar un diapasón que está al mismo tono con otro, éste vibra también por influencia al cabo de poco tiempo, lo que prueba que la onda sonora, o en otros términos el aire agitado, tiene fuerza suficiente para poner en movimiento el metal. Dada la relación que existe entre el peso, densidad y tenacidad de éste con los del aire, esa fuerza tiene que ser enorme; y, sin embargo, no es capaz de mover una hebra de paja que un soplo humano aventaría, siendo a su vez impotente para hacer vibrar en forma perceptible el metal. La onda sonora es, pues, más o menos poderosa que el soplo de nuestro ejemplo. Esto depende de las circunstancias; y en el caso de los diapasones, la circunstancia debe ser una relación molecular, puesto que si ellos no están al unísono, el fenómeno marra. Había, pues, que aplicar la fuerza sonora, a fenómenos intermoleculares.

No creo que la concepción de la *fuerza sonora* necesite mucho ingenio. Cualquiera ha sentido las pulsaciones del aire en los sonidos muy bajos, los que produce el nasardo de un órgano, por ejemplo. Parece que las dieciséis vibraciones por segundo que engendra un tubo de treinta y dos pies, y marcan el límite inferior del sonido perceptible, que no es ya sino un zumbido. Con menos vibraciones, el movimiento se vuelve un soplo de aire; el soplo que movería la brizna, pero que no afectaría al diapasón. Esas vibraciones bajas, verdadero viento melodioso, son las que hacen trepidar las vidrieras de las catedrales; pero no forman ya notas, propiamente hablando, y sólo sirven para reforzar las octavas inmediatamente superiores.

Cuanto más alto es el sonido, más se aleja de su semejanza con el viento y más disminuye la longitud de su onda; pero si ha de considerársela como fuerza intermolecular, ella es enorme todavía en los sonidos más altos de los instrumentos, pues el del piano con el do séptimo, que corresponde a un máximo de 4.200 vibraciones por segundo, tiene una onda de tres pulgadas. La flauta, que llega a 4.700 vibraciones, da una onda gigantesca todavía. La longitud de la onda depende, pues, de la altura del sonido, que deja ya de ser musical poco más allá de las 4.700 vibraciones mencionadas. Despretz<sup>3</sup> ha podido percibir un

<sup>3</sup> *Despretz*: César-Mansuète Despretz es un sabio francés nacido el 11 de mayo de 1789 y que falleció ese mismo día en 1863. Ha dejado muchísimas obras, objeto en su mayoría de publicaciones de la Academia Real de Ciencias del Institut de France, sobre el límite de los sonidos graves y agudos, del enfriamiento de algunos metales, de las causas del calor animal, de la propagación del calor en los líquidos y un tratado elemental de física de gran difusión en institutos secundarios hasta finales del siglo XIX, así como de otro sobre los elementos de química teórica y práctica.

Todo lo que dice el héroe de este relato desde el párrafo anterior que comienza con “Cuando se hace vibrar un diapasón” está grandemente inspirado de las memorias sobre las investigaciones del sabio francés y del tratado de física (así como las demás referencias a otras investigaciones de otros sabios aquí citados son también exactas, según lo que pude comprobar, dentro de mi ignorancia supina, la cual en este caso me hizo pensar que alguien idóneo en la materia debería disfrutar con el juego de ciencia-

do, que vendría a ser el décimo, con 32.770 vibraciones producidas por el frote de un arco sobre un pequeñísimo diapasón. Yo percibo sonido aún, pero sin determinación musical posible, en las 45.000 vibraciones del diapasón que he inventado.

—¡45.000 vibraciones —dije—; eso es prodigioso!

ficción que propone Lugones al lector). Yo diría que en particular el informe de la sesión del 28 de abril de 1845 de la Academia Real de Ciencias sobre la *Observación de los límites en los sonidos graves y agudos* cuenta como fuente para este cuento. Más difícil de corroborar que las referencias a la obra teosófica de Blavatsky; sin embargo, hay aspectos muy interesantes que considerar, como la alusión a la experiencia con sonidos agudos por medio de dos diapasones que suenan el ut 6, intentando ir hasta el ut 11, lo cual, de haber sido logrado, hubiera doblado el número de vibraciones (las 32.770 que señala el cuento), es decir, dar unas 73.000. El héroe del relato logra obtener ya más de 45.000. Más adelante, cuando el héroe da las razones que explican las vibraciones al unísono, se refiere a las experiencias que hizo en este sentido el físico y químico inglés W. H. Wollaston y que comenta también Despretz; claro que los conceptos en el cuento vienen adaptados. Asimismo, figuran en el tratado de física del sabio francés las relaciones matemáticas que existen entre las ondas que emiten las notas do, fa, sol, do, que, como dice el cuento, constituían las de la lira de Orfeo.

Pero las fuentes no han de hacernos olvidar que en este relato, el aprendiz de brujo parece por su propio invento. En ello reside la semántica de la situación que se describe. Y poco le importan fuentes al lector, y sólo a éste le está dedicado el relato. Considerando detenidamente, ¿qué pasa en concreto? El aparato sólo funciona si su inventor lo pone en marcha, es decir, que hay entre ambos, entre la fuerza etérica propia del inventor y la que él ha creado artificialmente, una *simpatía*. En el fondo, los diapasones de la caja liberadora y los *diapasones* (por así decirlo) que elaboran las ondas cerebrales en el héroe comunicanse mutuamente la fuerza sonora y tangible, etérica. Y como la fuerza artificial, creada, podía destruir los átomos moleculares de cualquier substancia, pues destruyó la substancia que la había creado. El poder divino, dueño de las fuerzas y de las substancias volvió a poner en orden lo que de pronto parecía haberse salido de madre. Pero no como destrucción, sino, como dice Blavatsky, como el inicio de una evolución superior, digna de quien fue capaz de descubrir una de las manifestaciones ocultas de la divinidad. ¿O es sólo un castigo? La magia del relato deja la conclusión abierta, como tarea epitánica para el lector.

—Pronto vas a verlo —prosiguió el inventor—. Ten paciencia un instante todavía.

Y después de ofrecernos té, que rehusamos:

—La vibración sonora, se vuelve casi recta con estas altísimas frecuencias, y tiende igualmente a perder su forma curvilínea, tornándose más bien un zig-zag a medida que el sonido se exaspera. Esto se ha experimentado prácticamente cerdeando un violín. Hasta aquí no salimos de lo conocido, bien que no sea vulgar.

Pero ya he dicho que me proponía estudiar el sonido como fuerza. He aquí mi teoría, que la experiencia ha confirmado:

Cuanto más bajo es el sonido, más superficiales son sus efectos sobre los cuerpos. Después de lo que sabemos, esto es bien sencillo. La fuerza penetrante del sonido depende, pues, de su altura; y como a ésta corresponde, según dije, una menor ondulación, resulta que mi onda sonora de 45.000 vibraciones por segundo es casi una flecha ligerísimamente ondulada. Por pequeña que sea esta ondulación, siempre es excesiva molecularmente hablando, y como mis diapasones no pueden reducirse más, era menester ingeniarse de otro modo.

Había, además, otro inconveniente. Las curvas de la onda sonora están relacionadas con su propagación, de tal modo que su ampliación progresa con gran velocidad hasta anularla como sonido, imposibilitando a la vez su desarrollo como fuerza; pero tanto este inconveniente, como el que resulta de la ondulación en sí, desaparecerían multiplicando la velocidad de traslación. De ésta depende que la onda no pierda la rectitud, que como toda curva tiene al comenzar, y al logro de semejante propósito concurrió una ley científica.

Fourier, el célebre matemático francés, ha enunciado un principio aplicable a las ondas simples —las de mi problema— que puede traducirse vulgarmente así:

Cualquier forma de onda puede estar compuesta por cierto número de ondas simples de longitudes diferentes.

Siendo ello así, si yo pudiera lanzar sucesivamente un número cualquiera de ondas en progresión proporcional,

la velocidad de la primera sería la suma de las velocidades de todas juntas; la proporción entre las ondulaciones de aquélla y su traslación, quedaba rota con ventaja, y liberada, por tanto, la potencia mecánica del sonido.

Mi aparato va a demostrarles que todo esto se puede; pero aún no les he dicho lo que me proponía hacer.

Yo considero que el sonido es materia, desprendida en partículas infinitesimales del cuerpo sonoro, y dinamizada en tal forma, que da la sensación de sonido, como las partículas odoríferas dan la sensación del olor. Esa materia se desprende en la forma ondulatoria comprobada por la ciencia y que yo me proponía modificar, engendrando la onda aérea conocida por nosotros; del propio modo que la ondulación de una anguila bajo el agua, es repetida por ésta en su superficie.

Cuando la doble onda choca con un cuerpo, la parte aérea se refleja contra su superficie; la etérea penetra, produciendo la vibración del cuerpo y sin ninguna otra consecuencia, pues el éter del cuerpo supuesto se dinamiza armónicamente con el de la onda, difundido en él; y ésta es la explicación, que se da por primera vez, de las vibraciones al unísono.

Una vez rota la relación entre las ondulaciones y su propagación, el éter sonoro no se difunde en la masa del cuerpo, sino que la perfora, ya completamente, ya hasta cierta profundidad. Y aquí viene la explicación misma de los fenómenos que produzco.

Todo cuerpo tiene un centro formado por la gravitación de moléculas que constituye su cohesión, y que representa el peso total de dichas moléculas. No necesito advertir que ese centro puede encontrarse en cualquier punto del cuerpo. Las moléculas representan aquí lo que las masas planetarias en el espacio.

Claro es que el más mínimo desplazamiento del centro en cuestión ocasionará instantáneamente la desintegración del cuerpo; pero no es menos cierto que para efectuarlo, venciendo la cohesión molecular, se necesitaría una fuerza enorme, algo de que la mecánica actual no tiene idea, y que yo he descubierto, sin embargo.

Tyndall ha dicho en un ejemplo gráfico, que la fuerza del puñado de nieve contenido en la mano de un niño, bastaría para hacer volar en pedazos una montaña. Calculen ustedes lo que se necesitará para vencer esa fuerza. Y yo desintegro bloques de granito de un metro cúbico...

Decía aquello sencillamente, como la cosa más natural, sin ocuparse de nuestra aquiescencia. Nosotros, aunque vagamente, íbamos turbando con la inminencia de una gran revelación; pero acostumbrados al tono autoritario de nuestro amigo, nada replicábamos. Nuestros ojos, eso sí, buscaban al descuido por el taller los misteriosos aparatos. A no ser un volante de eje solidísimo, nada había que no nos fuese familiar.

—Llegamos —prosiguió el descubridor— al final de la exposición. Había dicho que necesitaba ondas sonoras susceptibles de ser lanzadas en progresión proporcional, y a vuelta de muchos tanteos, que no es menester describirlo, di con ellas.

Eran el *do, fa, sol, do*, que según la tradición antigua constituían la lira de Orfeo, y que contienen los intervalos más importantes de la declamación, es decir, el secreto musical de la voz humana. La relación de estas ondas es matemáticamente 1, 4/3, 3/2, 2; y arrancadas de la naturaleza, sin un agregado o deformación que las altere, son también una fuerza original. Ya ven ustedes que la lógica de los hechos iba paralela con la de la teoría.

Procedí entonces a construir mi aparato; mas, para llegar al que ustedes ven aquí —dijo sacando de su bolsillo un disco hartamente semejante a un reloj de níquel— ensayé diversas máquinas.

Confieso que el aparato nos defraudó. La relación de magnitudes forma de tal modo la esencia del criterio humano, que al oír hablar de fuerzas enormes habíamos presentado máquinas grandiosas. Aquella cajita redonda, con un botón saliente en su borde, parecía cualquier cosa menos un generador de éter vibratorio.

—Primero —continuó el otro, sonriendo ante nuestra perplejidad— pensé en cosas complicadas, análogas a las

sirenas de Koenig. Luego fui simplificando de acuerdo con mis ideas sobre la deficiencia de las máquinas, hasta llegar a esto que no es sino una solución transitoria. La delicadeza del aparato no permite abrirlo a cada momento; pero ustedes deben conocerlo —añadió destornillando su tapa.

Contenía cuatro diapasoncillos, poco menos finos que cerdas, implantados a intervalos desiguales sobre un diafragma de madera que constituía el fondo de la caja. Un sutilísimo alambre se tendía y distendía rozándolos, bajo la acción del botón que sobresalía; y la boquilla de que antes hablé, era una bocina microfónica.

—Los vacíos entre diapasón y diapasón, tanto como el espacio necesario para el juego de la cuerda que los roza, imponían al aparato este tamaño mínimo. Cuando ellos suenan, la cuádruple onda transformada en una, sale por la bocina microfónica como un verdadero proyectil etéreo. La descarga se repite cuantas veces aprieto el botón, pudiendo salir las ondas sin solución de continuidad apreciable, es decir, mucho más próximas que las balas de una ametralladora, y formar un verdadero chorro de éter dinámico cuya potencia es incalculable.

Si la onda va al centro molecular del cuerpo, éste se desintegra en partículas impalpables. Si no, lo perfora con un agujerillo enteramente imperceptible. En cuanto al roce tangencial, van a ver ustedes sus efectos sobre aquel volante...

—... ¿Qué pesa?... —interrumpí.

—Trescientos kilogramos.

El botón comenzó a actuar con ruidecito intermitente y seco, ante nuestra curiosidad todavía incrédula, y como el silencio era grande, percibimos apenas una aguda estridencia, análoga al zumbido de un insecto.

No tardó mucho en ponerse en movimiento la mole, y aquél fue acelerándose de tal modo, que pronto vibró la casa entera como al empuje de un huracán. La maciza rueda no era más que una sombra vaga, semejante al ala de un colibrí en suspensión, y el aire desplazado por ella provocaba un torbellino dentro del cuarto.

El descubridor suspendió muy luego los efectos de su aparato, pues ningún eje habría aguantado mucho tiempo semejante trabajo.

Mirábamos suspensos, con una mezcla de admiración y pavor, trocada muy luego en desmedida curiosidad.

El médico quiso repetir el experimento; pero por más que abocó la cajita hacia el volante, nada consiguió. Yo intenté lo propio con igual desventura.

Creíamos ya en una broma de nuestro amigo, cuando éste dijo, poniéndose tan grave que casi daba en siniestro:

—Es que aquí está el misterio de mi fuerza. Nadie, sino yo, puede usarla. Y yo mismo no sé cómo sucede. Defino, sí, lo que pasa por mí como una facultad análoga a la puntería. Sin verlo, sin percibirlo en ninguna forma material, yo sé dónde está el centro del cuerpo que deseo desintegrar, y en la misma forma proyecto mi éter contra el volante. Prueben ustedes cuanto quieran. Quizá al fin...

Todo fue en vano. La onda etérea se dispersaba inútil. En cambio, bajo la dirección de su amo, llamémosle así, ejecutó prodigios.

Un adoquín que calzaba la puerta rebelde, se desintegró a nuestra vista, convirtiéndose con leve sacudida en un montón de polvo impalpable. Varios trozos de hierro sufrieron la misma suerte. Y resultaba en verdad de un efecto mágico aquella transformación de la materia, sin un esfuerzo perceptible, sin un ruido, como no fuera la leve estridencia que cualquier humor ahogaba.

El médico, entusiasmado, quería escribir un artículo.

—No —dijo nuestro amigo—; detesto la notoriedad, aunque no he podido evitarla del todo, pues los vecinos comienzan a enterarse. Además, temo los daños que puede causar esto...

—En efecto —dije—; como arma sería espantoso.

—¿No lo has ensayado sobre algún animal? —preguntó el médico.

—Ya sabes —respondió nuestro amigo con grave mansedumbre— que jamás causo dolor a ningún ser viviente. Y con esto terminó la sesión.

Los días siguientes transcurrieron entre maravillas; y recuerdo como particularmente notable, la desintegración de un vaso de agua, que desapareció de súbito cubriendo de rocío toda la habitación.

—El vaso permanece —explicaba el sabio— porque no forma un bloque con el agua, a causa de que no hay entre ésta y el cristal adherencia perfecta. Lo mismo sucedería si estuviera herméticamente cerrado. El líquido, convertido en partículas etéreas, sería proyectado a través de los poros del cristal...

Así marchamos de asombro en asombro; mas el secreto no podía prolongarse, y es imposible valorar lo que se perdió en el triste suceso cuyo relato finalizará esta historia.

Lo cierto es —para qué entretenerse en cosas tristes— que una de esas mañanas encontramos a nuestro amigo, muerto, con la cabeza recostada en el respaldo de su silla.

Fácil es imaginar nuestra consternación. El aparato maravilloso estaba ante él y nada anormal se notaba en el laboratorio.

Mirábamos sorprendidos, sin conjeturar ni lejanamente la causa de aquel desastre, cuando noté de pronto que la pared a la cual casi tocaba la cabeza del muerto se hallaba cubierta de una capa grasosa, una especie de manteca.

Casi al mismo tiempo mi compañero lo advirtió también, y raspando con su dedo sobre aquella mixtura, exclamó sorprendido:

—¡Esto es sustancia cerebral!

La autopsia confirmó su dicho, certificando una nueva maravilla del portentoso aparato. Efectivamente, la cabeza de nuestro pobre amigo estaba vacía, sin un átomo de sesos. El proyectil etéreo, quién sabe por qué rareza de dirección o por qué descuido, hábale desintegrado el cerebro, proyectándolo en explosión atómica a través de los poros de su cráneo. Ni un rastro exterior denunciaba la catástrofe, y aquel fenómeno, con todo su horror, era, a fe mía, el más estupendo de cuantos habíamos presenciado.

Sobre mi mesa de trabajo, aquí mismo, en tanto que finalizo esta historia, el aparato en cuestión brilla, diríase siniestramente, al alcance de mi mano.

Funciona perfectamente; pero el éter formidable, la sustancia prodigiosa y homicida de la cual tengo, ¡ay!, tan desgraciada prueba, se pierde sin rumbo en el espacio, a pesar de todas mis vanas tentativas. En el instituto Lutz y Schultz han ensayado también sin éxito.